

# La forma de su herida

## Capítulo 3. Docentes en tránsito. Incidentes críticos en Secundaria.

**Cada lunes por la tarde**, cuando vuelve al pequeño apartamento donde vive con su madre, Romina coincide en el autobús con sus compañeros del instituto. Romina es italiana y menuda, y bebe agua mineral.

--Berta, ese chico es imbécil. Pero, ya sabes, es el Casanova de la clase, tiene un pelo precioso.

--¡Pues te juro que le cortaré esa coleta que lleva con un gusto! Por no decir que le cortaré otra cosa... Es que me pone de los nervios. Yo no voy a soportar un curso así. El año pasado, no te lo pierdas, estuve cuatro meses de baja por depresión y ahora me encuentro con esto. ¡Qué fuerte! ¿Vosotros creéis que este chico es normal?

Juan comenta que no lo conoce bien, que lo tiene visto, y que siempre hay alumnos así en cada clase. Que necesitan llamar la atención y que a veces actúan así porque necesitan afecto.

--Mi afecto no creo que lo consiga portándose de esa manera --dice Berta-- ¡No se puede tratar a la gente a patadas! ¿Pero quién se ha creído que es? Esa arrogancia y esa cara de lechuguino no las soporto juntas. ¡Es antinatural! ¿No se da cuenta de que todo el mundo ve lo gilipollas que es? Salir con la

idiotita esa que lo sigue a todas partes como una zombi le debe haber retorcido las pocas neuronas que tiene.

--No te lo tomes así --le dice Juan--, eso se les cura con la edad. Dentro de pocos años a lo mejor es el que te receta los ansiolíticos...

--Mira, lo que acabas de decir me hace pensar en si «eso» será contagioso entre el género masculino.

Romina y Juan se ponen a reír.

--Sí reíd, pero yo cada día que pasa estoy peor. ¿Entendéis que me siento fatal, que cada vez que me cruzo con él no quiera ni mirarlo? ¿Entendéis lo que me pasa?

--Yo comprendo que te afecte haber discutido con un alumno --dice Romina--. Pero en vez de darle tantas vueltas, lo que has de hacer es olvidarte ya. No tiene tanta importancia, siempre pasan cosas así. En Italia decimos *Quel ch'è fatto, è fatto*. Lo pasado es pasado.

--Como este viaje. Ya hemos llegado --dice Juan.

Los tres bajan del autobús. Juan dice adiós y a buen paso se dirige hacia la estación de RENFE, al principio del paseo.

Berta y Romina suben caminando despacio, por el centro de la rambla, bajo la sombra fresca de sus grandes edificios centenarios. Romina le propone ir a su casa a tomar algo y relajarse, y Berta asiente en silencio. Siguen así hasta que llegan al alto edificio funcional donde vive Romina.

Cuando Romina abre la puerta de su casa, su madre sale a recibirla. Lleva puesta una bata descolorida de su difunto esposo y una toalla envolviéndole la cabeza.

--¡Hola! ¡No esperaba que vinieras acompañada! Pasen, pasen --dice forzando una sonrisa--. ¿Es usted Berta, verdad? Encantada. Romina, ¿por qué no me has avisado de que venía Berta? Os habría preparado algo. Y me habría puesto otra cosa.

--Romina siempre me hace lo mismo --le explica a Berta--. ¿Sabe? Lo que me ha pasado es que como esta tarde me encontraba un poco chafada no he tenido ánimos para ir a la peluquería y me he lavado el pelo. Lo tenía fatal. Ahora al menos lo llevo limpio, pero si no voy a la peluquería cada quince días, se me pone que no puedo ni salir a la calle. ¡Mire cómo tengo las raíces! Aunque tampoco habría ido yo sola. La verdad es que ya no me atrevo a salir sola a la calle, desde lo de la cadera.

--Mamá, te dije que el sábado por la mañana iríamos a la peluquería. Pero tú no sabes esperar, no tienes paciencia. Has de estar siempre enredando por la casa, cambiándome todas las cosas de sitio, que es como disfrutas.

--¡Ordenando un poco, hija! Que no se puede ni caminar de lo enredado que está siempre

todo. No he conocido a una mujer tan poco de su casa como tú.

--...

--Bueno ya me callo. Dice Romina que hablo mucho. Que acaba con dolor de cabeza cuando le explico cómo ha ido el día. ¡Qué esageratta que es! Si me paso el día sin ver a nadie, ¿con quién quiere que hable? Pues me dice que después de dar tantas clases lo que quiere es que no le hablen. ¡A veces ni coge el teléfono! Y si yo lo cojo, encima se pone hecha una furia. ¿Qué le parece?

--Porque siempre te enredan, mamá. A nadie le interesa quién es la señora de la casa o si tenemos Internet. Y ahora, prego, ¿dejamos de hacerle el numerito a Berta? También está cansada.

--Sí, mejor será que no me tires de la lengua. Ya me callo. Ya ve, Berta, cómo trata a su madre. Bueno, les voy a preparar un café, que es para lo único que servimos los viejos... Y gracias a Dios que me tiene a mí, porque yo no sé usted, pero ella no sabe ni hacer un huevo frito. Sí, sí, como lo oye.

--Mamá, nos vamos a la terraza --dice Romina mientras tira a Berta de la manga hacia el pasillo--. ¿Qué te ha parecido el comité de recepción? Hoy, como estás tú, ha sido más suave. Cada día está más histérica. Le digo que salga con alguna amiga, pero dice que todas se le han muerto, ¡y yo soy una exagerada! Se queda todo el día enredando en la casa y, a base de darle vueltas, acaba obsesionada con cualquier tontería.

En la terraza se sientan en dos viejas butacas de mimbre. Como están en un séptimo piso,

los ruidos de la calle llegan amortiguados y lejanos. Una suave brisa mece los lustrosos jazmines, camelias, narcisos y siemprevivas que la madre de Romina cuida todas las horas del día y se lleva el humo del cigarro que Berta acababa de encender a la terraza de al lado.

--¿Te molesta que fume? Me gusta mucho esta terraza, con tantas plantas. Y estas butacas me evocan aquellos balnearios de principios del siglo pasado.

--Pues aprovechemos la ocasión, porque mi madre las quiere tirar por viejas. Afortunadamente, estas butacas pesan demasiado para ella... Oye Berta, ¿es verdad lo que ha dicho Juan? ¿Aún tomas pastillas?

-Sí. Como mantenimiento, podríamos decir. Pero Juan me decepciona un montón. A veces es como un crío. Dice lo primero que se le ocurre, sin pensar en el daño que pueden hacer sus bromitas.

--Entonces, dejando aparte esto que te ha pasado con Daniel, ¿ya estás bien?...

- Sí. Dejando aparte eso, sí. Pero creo que no lo puedo dejar aparte y ya está, y seguir. No puedo seguir con eso en la cabeza. Ni tampoco puedo olvidarlo. Estas cosas sólo me pasan a mí. Me lo deben ver en la cara, o algo así. O sea, como si llevase una banderita en la cocorota, ¿me entiendes?, que avisara a todo el personal de que a mí se me puede hacer de todo. Que yo estoy para eso, que me trago todo lo que me echen, ¿me entiendes? ¡Se abre la veda, que ya ha llegado la novata! ¡La profe que no reacciona! ¡Vamos a machacarle un poco la autoestima!

--Me asustas hablando así --le dice Romina cogiéndole la mano.

--Hablar no me sirve de nada, ni contigo ni con nadie. Es que haga lo que haga no lo asimilo, no puedo. ¿Me entiendes? Estoy aniquilada. ¿Entiendes que lo que yo quisiera es desaparecer, cambiar de planeta? Es muy fuerte, muy fuerte. No sé cómo soporto todavía dar las clases, hablar con la gente...

--Mírame Berta --le ruega Romina con voz grave e inclinándose hacia ella, buscando su mirada--. Escúchame. No te hundas de esta manera tan absurda. Creo que no comprendes lo que te pasa. Yo tampoco. Pero me parece que ves una realidad deformada. No puede ser que de repente...

--Qué tarde tan linda ha quedado, ¿verdad?

La madre de Romina llega con café, galletas y tazas tintineando en una bandeja que Romina le arrebató impaciente y deja a un lado, encima de un cajón de madera puesto del revés.

--Mamá, ¿por qué no me has avisado? Habríamos ido a buscar nosotras el café. ¿No dices que no puedes caminar?

--Si no tengo nada que hacer, hija. Y además ya me voy, no te enfades, que ya os dejo hablar tranquilas. ¿Le gustan las lenguas de gato, Berta?

--¿Cómo dice? Ah, sí. Sí señora, gracias. Es usted muy amable. Pero ahora mismo...

--Pues tómese el café que está recién hecho. Yo sólo puedo tomarlo descafeinado, que no tiene nada que ver... Me voy a escuchar las

noticias. Últimamente todo son guerras y maldad. Cómo somos las personas...

Y la madre de Romina se va hacia el pasillo.

Romina quiere recuperar el hilo de sus últimas palabras, pero Berta le dice que no con la cabeza y se toman el café. Después de esta pequeña pausa, intentan hablar de otras cosas, pero los temas se les van cayendo de la conversación hasta que se vuelven a quedar en silencio. Y al poco rato, Berta dice adiós a Romina y a su madre, y se marcha a su casa.

A la luz del extractor de humo de la cocina, Berta cena cualquier cosa con una cerveza y después se acuesta. Se toma una pastilla, se tira en la cama y apaga la luz.

Con los ojos apretados, vuelve a reseguir, como cada noche desde hace quince días, la forma de la herida que le ha dejado aquel agujero espantoso en el estómago y le constriñe el pecho con un dolor constante y le hierve detrás de la frente:

--Vamos, vamos, explicadle al compañero lo que esperáis aprender en esta asignatura, cuáles creéis que han de ser los objetivos y con qué actividades o ejercicios podréis aprender mejor --le repite por tercera vez con toda la paciencia posible cuando vuelve a verla riéndose de lo que él le dice al oído, cogiéndola por la cintura.

--Llevo un rato observándoos y veo que no estáis haciendo lo que os he pedido. Y me parece que ya lo he repetido bastantes veces, ¿o es que estáis sordos los dos?

--¿Cómo dice? --dice él mientras la rubita se tapa la boca para no soltar la carcajada.

De repente todos se callan, atentos e inmóviles. Berta siente que le están subiendo los colores a la cara y que tiene todas las miradas de la clase clavadas en la espalda.

--¿Cómo te llamas? --le pregunta.

--¿Quién, yo? --contesta.

--Dime cómo te llamas --le repite mirando la lista de clase que comienza a temblar en su mano.

--Leinad --dice él mientras a la rubita se le escapa la risa.

--Es que se llama Daniel, por eso me río -- inventa como disculpa, tras lo cual vuelve a taparse la boca.

Entonces él le dice, volviéndola a coger por la cintura y con un tono inesperadamente tierno:

--Sabes que me llamo Leinad desde el sábado pasado. ¿No te acuerdas del sábado pasado?

--Bueno, pues Daniel o lo que sea --le dice enfadada--. No estás haciendo nada de lo que os he pedido.

Toda la clase sigue en silencio. Daniel hace ademán, parsimoniosamente, de comenzar a leer el impreso que les ha repartido al comienzo de la clase.

--¡Daniel! ¡Te estoy hablando! --le grita Berta mientras le coge por el brazo.

--¡No me toques, zorra!

Una avalancha de exclamaciones inunda toda la clase. Exclamaciones contagiosas, hilarantes. Y ríos de colores anegan las

mejillas de Berta. Se le nubla la vista, le tiemblan las manos, las piernas. Casi se ahoga. Se nota la blusa pegada a la espalda a causa del sudor.

--¡Callad! ¡Silencio! --consigue balbucear.

Pero continúan los comentarios en la clase.

--¡Callaos! --grita Berta apretando los puños, con toda la fuerza de su desesperación, cerrando los ojos.

Berta se queda inmóvil, paralizada hasta que se callan, y cuando abre los ojos se encuentra con sus miradas cortándola a trocitos. Convirtiéndola en basura. Aniquilando la persona que ha sido hasta aquel momento y convirtiéndola en basura.